TEATRO LÍRICO

SALVADOR RUEDA

VASO DE ROCIO

IDILIO GRIEGO

Tres actos, en llano romance.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RUEDA
58.—HUERTAS.—58
1908



VASO DE ROCÍO

TEATRO LÍRICO

SALVADOR RUEDA

VASO DE ROCIO

IDILIO GRIEGO

Tres actos, en llano romance.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RUEDA
58.—HUERTAS.—58
1908

Prólogo.

. . . .

«Los versos del genial Salvador Rueda son rutilantes como soles y luminosos como cascadas. Es la constitución poética más resistente que tiene la España actual. Es un instrumentador formidable, maravilloso. Su prodigioso genio lírico, es un don otorgado como gracia de Dios; hace versos como la fuente canta y como el ruiseñor trina.

¿Recordáis aquellas deliciosas y sencillas estrofas de Francisco Jammes:

Un poéte désait que, lorsqu'il etait jeune,
il fleurissant des vers comme un rosier de roses?

Pues así es Rueda. Más aún; se puede decir de él lo que Moreas dice de Verlaine: Poeta, no es más que eso; nada más que poeta, que da versos y rimas, como el rosal da rosas. El gran Salvador es una fuerza insustituible en nuestra poesía actual.

—Sin embargo, de esa admiración por Salvador Rueda ¿también admira V. á Ruben Darío?

—Sí; y compaginan muy bien ambas admiraciones. Uno, es un poeta sabio; y otro, un poeta natural.

. . . .

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

El Nuevo Mercurio, 907.

Al heroico y sublime Paraguay, digno de la eterna adoración humana, con mi agradecimiento infinito.

Mi corazón á sus poetas, sus escritores y sus políticos. Mi lira á sus mujeres bellísimas.

Salvador Rueda.

España, 1907.

Vaso de Rocío

ACTO PRIMERO

PERSONAS

GRACIA.
ANDRÓNICO.
REY.
TESEO.
SALÍCIO.
ARIADNA.
ANTEO.
SERVIDOR.

Enviados griegos, doncellas eupátridas, bailarines, acompañamiento.

Derecha é izquierda, las del espectador. Epoca imaginaria; sin embargo, á pesar de conscientes anacronismos, y para localizar trajes y decoraciones, hacia el siglo V antes de Cristo. (Se dicen arbitrariamente las palabras Dios, alma y otras.)

DECORACIÓN

Un paisaje á cuya derecha se ve el mar. Es al caer de una tarde de Mayo. Acaba de llover, y de las hojas de los árboles y de las cañas, están todavía pendientes las gotas. A la izquierda, en primer término, vése una colmena entre rosales.

ESCENA I

Ariadna *y* Teseo, *custodios de* Gracia. *Llegan sacudiéndose la lluvia.*

TESEO. Estoy harto de correr.
ARIADNA. De caminar estoy harta.
TESEO. Yo calado por la lluvia.
ARIADNA. Yo por la lluvia calada.

TESEO. ¡Cielo que arroje más gotas!...
ARIADNA. ¡Cielo que llore más agua!...
TESEO. ¿Y Gracia, dónde habrá ido,
á tí y á mí encomendada
por el Rey?
ARIADNA. ¡Por nuestro Rey!,
que nos hizo custodiarla
por ser vida de su vida,
¡mira si fué confianza!
TESEO. ¿Pero cómo la dejaste?
ARIADNA. Siendo la vuelta mañana
á Atenas, pues Gracia pudo
recobrar salud y gracia.
«Hoy quiero sóla, me dijo,
á mi gusto abrir las alas,
y volar por esos campos
que ya no veré mañana.»
TESEO. ¡Dejar á la hija del Rey!
pues aunque quiere el Monarca
que ella ignore que es su hija
hasta hacerla ilustre y sabia,
si no hallamos á la joven
¡es cierta nuestra desgracia!
ARIADNA. Con tu furia me encocoras.
TESEO. Con tu furia me arrebatas.
ARIADNA. Siempre la contraria llevas.
TESEO. Siempre llevas la contraria.
ARIADNA. Si tu no cambias de modos...
TESEO. Si tu de modos no cambias...
reñiremos.
ARIADNA. Reñiremos.
TESEO. Vamos.
ARIADNA. Vamos.
TESEO. Calla.
ARIADNA. Calla.

(*Vánse buscando á Gracia, derecha.*)

ESCENA II

Gracia y Andrónico, izquierda. El entra cautelosamente viendo alejarse á los servidores. Ella viene sosteniendo en ambas manos puestas en alto y con exquisito cuidado y equilibrio, un trozo de caña, que es una flauta pastoril, llena de gotas de lluvia, las cuales pueden imitarse colgando á lo largo de la flauta una hilera de cristales. Lleva Gracia la cabellera abrumada de flores. El trae los libros de lección poética de ambos, metidos en el lado izquierdo del pecho.

ANDRÓNICO. Ya se fueron; ven de prisa;
¿qué tiene dentro esa caña,
que la elevas, cual Minerva
alza el oro de su lanza?

GRACIA. No es la lanza de los heroes,
es la música, es la flauta.
La solté sobre una piedra,
y al caer la lluvia clara,
á lo largo de las fibras
le colgó un renglón de lágrimas.

ANDRÓNICO. Es que fuera se han salido
las mil notas que encerraba,
como se salen las perlas
de la concha que las guarda.

GRACIA. ¡Mira, mira cuántas tiene!

ANDRÓNICO. Son un collar, una sarta.

GRACIA. ¿Y qué dicen los sonidos?

ANDRÓNICO. Lo que tú cuando me hablas.

GRACIA. ¿Quieres que formemos música?

ANDRÓNICO. Lo que quieras tú, mi alma.

GRACIA. (*Dándole con cuidado un extremo de la caña.*)
Pon tu boca en ese extremo
cual si fueses á tocarla.

ANDRÓNIGO. ¿Así?

GRACIA. Justo: con cuidado,
que las notas no se caigan.

ANDRÓNICO. Y tú coge la otra punta,
cual si fueses á besarla.

GRACIA. Tú y yo somos corazones
por remates de una escala,
y las notas se persiguen
en un trenzado de plata;

ANDRÓNICO. ¿á ver? bebe.

Tú, mi vida,
y trinará tú garganta;
será un rodar de granizos
en una alegre campana.

GRACIA. Beberé; vengan las notas.

ANDRÓNICO. Vácio en tu pecho la flauta.

(La inclina sobre los labios de ella, que canta una escala armoniosa, riéndose ambos á carcajadas. Los cristales colgados de la caña á modo de lluvia, resbalan á las manos de ella, simulando beberlos).

GRACIA. *(Por la flauta)* ¡Mira, se ha roto, no toca;
¿no aprendiste tú á cortarlas?

ANDRÓNICO. Aprendí, pero...

GRACIA. ¿Qué miras,
que á veces de pronto callas
y observas fijo las piedras
cual si las piedras hablaran?

ANDRÓNICO. *(Revelando con afán misterioso su vocación de artista.)*

Sí, las miro; y es que creo
que las piedras tienen caras,
que las piedras tienen ojos,
que las piedras tienen almas.

GRACIA. ¿Y qué ves en ellas?

ANDRÓNICO. Veo,
como tú has visto en la flauta,
un mundo entero de cosas
que de gozo me embriagan.
Para mí, un monte no es monte,
es una legión de estatuas,
que aún no son, mas lo serían
si algún poder las labrara.
Para mí una roca negra
de ese mar que brilla y brama,

no es la roca solamente,
es cabellera encrespada,
es cabeza de Medusa,
llena de serpientes trágicas,
es un cerebro que piensa,
es una cabeza brava
que tiene ideas sublimes
si el cincel se las prestara.

GRACIA. Hay algo grande en tus ojos
cuando así hablando te exaltas;
parece que en tí se esconde
un hombre extraño; habla, habla.

ANDRÓNICO. Yo miro un trozo de mármol,
no como una piedra blanca;
para mí allí dentro vive
una reina aprisionada,
ó un Apolo luminoso,
ó una diosa pura y mágica,
que de la prisión de piedra
por deshacerse trabajan,
luchando como titanes
en convulsiones que espantan;
y es porque nadie á la mole
con haz de cinceles llama,
y dice al ser no nacido:
«¡genio, levántate y anda!»

GRACIA. No dejes de hablar, que escucho
aunque tenga la mirada
en esta ciudad grandiosa
de hormigas que se entrelazan.

ANDRÓNICO. Yo pienso que en cada piedra
vive un hombre que odia y ama;
¡ya ves cuántos hombres presos
entre filos que desgarran!;
y me dá misericordia
no poder romper sus trabas
y hacerles salir del bloque
con luz, y vida, y palabra.
Cuando, cual ahora, anochece,
¿ves aquéllas cimas altas?

pues sus crestas me imagino
un desfile de fantasmas,
túnicas de héroes que ondulan,
rudos cíclopes que marchan;
y es lo más raro, que todas
las piedras de líneas varias
que voy mirando en la vida,
pienso escuchar que me hablan,
pienso entender que me miran
con pupilas alocadas,
y que las manos me tienden
sin poder desenredarlas,
para que yo con las mías
les dé vida, cuerpo, y alma.

GRACIA. Irás á ser escultor;
las esculturas me encantan;
tomas un nombre que suene
como una música grata,
y en lugar del nombre tuyo,
lo llenas de gloria y fama.

ANDRÓNICO. ¡Quién pudiera! ¿Tú, qué miras?

GRACIA. (*Dando á su relato un tono de exquisita espiritualidad.*)
Miro que Grecia marchara
mejor, si tomase ejemplo
de este hormiguero con alas.

ANDRÓNICO. Es tu afición, gobernar.

GRACIA. Por igual todo me agrada,
la grave filosofía,
el arte, que es luz y gracia,
todo, mas eso que dices
¡quién realizarlo lograra!
Serán felices los Reyes.

ANDRÓNICO. Yo que nací en la desgracia,
me los figuro felices
con tronos, cetros y espadas.

GRACIA. (*Señalando al hormiguero.*)
Estas son recaudadoras
de lo que al Reino hace falta;
la justa contribución,

que es una cosa sagrada;
y como nadie consiente
en pagar si no le embargan,
las hormigas se dirigen
donde ven que se trabaja,
y se traen de aquél un grano,
del otro una espiga arrastran,
de otro cojen la simiente
antes de verla trillada,
y sin pasar el recibo
de lo que toman ni sacan,
tiran del robo con furia,
y con el óbolo á casa.

ANDRÓNICO. Son vulgares las hormigas.

GRACIA Sólo son las que recaudan;
¿tú comes? tú contribuyes;
¿tú respiras? pues tú pagas.
Si cada espíritu diera
lo que no cede por nada,
en el mundo las hormigas
serían innecesarias;
pero como nadie cumple
con la ley, la lucha estalla
entre el amo que lo niega
y la hormiga que lo agarra.
Mucho más legisladoras
son las hormigas aladas,
que los hombres con tener
cultura, genio y palabra!

ANDRÓNICO. Por aquí viene Salício;
que él nos escoja una flauta.

ESCENA III

Gracia, Andrónico, Salício. Este es pastor.

GRACIA. Mira, pastor; ya no toca
este pedazo de caña.

SALÍCIO. ¿La que formé el otro día?

GRACIA. Es la misma; está quebrada.

SALÍCIO. ¿Pues cómo quieres que toque?;
lo que está roto, no canta.
ANDRÓNICO. ¿Quieres hacernos dos nuevas?
por que nos vamos mañana,
Gracia, á Atenas; yo, muy lejos;
y quisiéramos llevarlas
como recuerdo que guarde
el amor de nuestra infancia.
SALÍCIO. (*Va hacia unas cañas, de las que corta dos remates.*)
Las cortaré. ¿Pero entonces
ya no veré más á Gracia,
ni á tí?
GRACIA. Seremos amigos
á través de la distancia.
SALÍCIO. ¿Tú, dónde vas?
ANDRÓNICO. A Sicione
á aprender á hacer estatuas.
(*Mientras conversa, hace las flautas con un cortante tosco.*)
¿Y tú, por qué vas á Atenas?
GRACIA. Allí me enseñan las causas
de mil cosas, los maestros.
SALÍCIO. ¿Y por qué te enseñan tantas?
GRACIA. No lo sé.
SALÍCIO. Serán muy ricos
tus padres, cuando te pagan
los profesores que tienes;
será un palacio tu casa.
GRACIA. ¿Mis padres?... no los recuerdo,
sus nombres siempre me callan;
mi casa sí, es un palacio
con gentes que me agasajan
y me besan, y me quieren,
mas prefiero correr franca
por los campos, por que enseñan
más que los hombres, las plantas.
SALÍCIO. Serás como hija de un Rey.
GRACIA. ¿Hija de un Rey? ¡anda, anda!;
¡de buena gana sería!,

¿verdá Andrónico? ¡no es nada!
Aquí ha tiempo me trajeron
por que estuve triste y lánguida,
pero ya buena me puse.

SALÍCIO. Corriendo por las montañas.

ANDRÓNICO. Es verdad; y al mar tirando
piedras con honda lanzadas,
y subiendo por los nidos
á las puntas de las ramas.

SALÍCIO. No hay receta como el sol
que del mismo cielo baja.

ANDRÓNICO. Ni como el aire que llena
con su salud toda el Ática.

GRACIA. (*Por la flauta*).
¿Cuántos boquetes le pones?

SALÍCIO. Ninguno ya le hace falta;
ya tenemos esta lista.
(*Empieza á hacer la otra*).

GRACIA. ¿Y quién te enseñó á tocarla?

SALICIO. Los pastores, y el lamento
que forman el aire en las cañas,
en los juncos de los ríos
y en las floridas retamas.

ANDRÓNICO. ¿El aire fué tu maestro?

SALÍCIO. Me enseñó un pastor la maña
de modular los sonidos,
y el aire á poner la magia.

GRACIA. ¡Como que el viento ha enseñado
el canto á todas las almas!;
de él aprendieron los músicos
arpegios, trinos y escalas.

ANDRÓNICO. ¿Tocas de muchas maneras?

SALÍCIO. De muchas; toco á la usanza
eólia y lídia, frígia y jónia
y otros estilos que encantan.

GRACIA. La flauta es la voz de Grecia,
ella es su fresca garganta.

ANDRÓNICO. ¿Y qué oías en el viento
cuando aprendiste á tocarla?

GRACIA. Lleno está el aire de risas

en los montes de la Arcadia.
(*Imitando los ecos.*)
Si un cantar echas al aire,
los sonidos te lo alargan,
y va esparciendo sus notas
por las azules montañas.
Yo no sé qué hay en el viento,
que si tú llamas, él llama;
que si tú ríes, él ríe;
que si tú cantas, él canta.

SALÍCIO. ¡Y las fuentes? ¡qué lecciones
hay en los trinos que enlazan!
Allá abajo, entre unas ondas,
una ninfa se recata,
y las canciones que dice
las va repitiendo el agua.
Yo me siento enfrente de ella
viendo sus rizos de plata,
y empiezo á imitar la fuente
con el reir de la flauta;
las ondas, risa que risa;
risa que risa la caña
que entre mis dedos sujeta
se deshace á carcajadas;
hasta que haciendo retozos
brincan y topan las cabras,
y yo al verlas me figuro
que al compás del canto, bailan.
Me voy, que va anocheciendo.

GRACIA. ¿Ya acabaste las dos cañas?

SALÍCIO. Ahí están sobre la yerba.

ANDRÓNICO. Hazles también una marca
para saber que son tuyas
estas dos rústicas flautas.

SALÍCIO. Una letra de mi nombre,
ya que queréis conservarlas.
Ya están.

ANDRÓNICO. (*Abrazándole.*) Adiós noble amigo;
que Apolo feliz te haga.

SALÍCIO. (*Á Gracia.*) Tú, mujer, ¿nada me dices?

GRACIA. Yo no sé decirte nada,
mas te lo dicen mis ojos,
que se me llenan de lágrimas.
(*Vase Salício.*)

ESCENA IV

Gracia y Andrónico.

ANDRÓNICO. Me parece que se acercan.
GRACIA. ¿Quién?
ANDRÓNICO. Teseo y Ariadna;
es que no dan con nosotros;
burlemos su vigilancia.
(*Vánse por la izquierda*)

ESCENA V

Teseo, Ariadna y Salicio.

(*Los tres por la derecha; Salicio buscando su zurrón olvidado*).

ARIADNA. Oye, pastor; ¿tú no has visto
por esos campos á Gracia?
SALÍCIO. (*Señalando á la izquierda*).
Por allí debe haber ido
por que ahora acabé de hablarla;
me olvidé de mi zurrón
y allí está sobre la grama.
¿Quieres algo?
ARIADNA. Y tú, ¿qué quieres
si es que llegas á encontrarla?
SALÍCIO. ¡Que qué quiero! ¡que qué quiero!;
ser Señor de alta prosapia
y de todos estos montes
de la región de la Arcadia;
cansado estoy de ser pobre,
cansado de guardar cabras;

todos se van á su tierra;
¡yo solo en estas montañas!

ARIADNA. No te entristezcas; escucha;
si es que logras encontrarla,
te voy á dar una seña,
para cuando á Atenas vayas,
que en palacio te presentes.

SALÍCIO. (*Extrañado*).
¿El palacio del Monarca?

ARIADNA. Justo; la señal ostentas;
te llevarán á mi cámara,
y yo haré que Gran Señor
de esta tierra, el Rey te haga.

SALÍCIO. ¿Tú? ¡Mentira! ¿Tú quién eres?

ARIADNA. Quien no te importa; tú, guarda
esa seña, y serás mucho
sí encuentras á la muchacha.

SALÍCIO. Venga la seña. ¿Un anillo?
¡de aquí á que al Rey á ver vaya,
de seguro que buen pelo
habrán echado las ranas!
(*Vivamente.*)
Por allí va la que buscan;
por allí. (*Vase derecha mirando el anillo*).

ARIADNA. ¡Es verdad!

TESEO. ¡En marcha!
Si no la hubieras dejado...

ARIADNA. Me vas á cegar de rabia.

TESEO. Tu tienes de esto la culpa.
Corre.

ARIADNA. Corre.

TESEO. Calla.

ARIADNA. Calla.

(*Vánse derecha*)

ESCENA VI

Gracia y Andrónico. por la izquierda.

ANDRÓNICO. Ven aquí; pasa ligera
que no sientan las pisadas.
GRACIA. Hacia allá siguen corriendo.
ANDRÓNICO. ¡Ya la ausencia nos separa!
GRACIA. Nos sentaremos un poco
á escuchar eso que cantan
las abejas; es la hora
en que del día descansan.
¿Dónde guardaste mi libro?
ANDRÓNICO. Aquí va junto á mi alma,
(Se lo saca del pecho y se lo dá,)
También el mío está aquí;
¿qué trozo es el que te encanta?
GRACIA. Estas endechas de Safo;
son divinas las estancias:
se titulan *Las Abejas*.
ANDRÓNICO. (*Encontrando la lección en su libro.*)
Aquí están; lee en voz alta.
GRACIA. Y tú también; la leeremos
entre los dos, si te agrada.
(*La poesía que leen alternadamente, viene á expresar la situación amorosa de ambos.*)
GRACIA. (*Lee.*) Aunque lejos de tí víva,
amado de mis entrañas,
para tí ha de ser mi pecho
colmena que mieles labra.
¿Qué importa que estés ausente,
si de mi frente se escapan
como abejas invisibles
las ideas inflamadas,
y van á picar tus labios
á través de la distancia?»
ANDRÓNICO. Cada pensamiento mío
será una abeja dorada,
y para hacer su panal

de tí me traerá en sus alas
pólen de tu boca fresca,
cera de tu tez de nácar,
miel de tu risa de oro
y gloria de tu mirada.
Seré colmena dulcísima
llena de abejas aladas,
que volarán tras los mares
y treparán las montañas,
buscando rosas divinas
en el jardín de tu cara,
buscando los nardos frescos
de tus dos manos nevadas,
buscando las dos violetas
de tus dos pupilas claras,
y los dos cálices breves
de tus orejas rosadas.

GRACIA. No regalaré una gota
de esta miel por mí labrada
en los panales redondos
de mis dos senos de ámbar,
y porque no se desborden
sus mieles acumuladas,
con dos capullos de almendro
me cerraré las dos ánforas.

ANDRÓNICO. Que te acuerdes de mis ojos
cual de dos vívidas llamas.

GRACIA. Que te acuerdes de mi boca
que parece una granada.

ANDRÓNICO. Que te acuerdes de mis labios
cuando de amores te hablan.

GRACIA. Que te acuerdes de la luz
cuando el sol dora mi estatua...»
(Cierran los labios.)
Es hermosa esta poesía.

ANDRÓNICO. Hermosa y apasionada:
han de ser nuestros dos pechos
colmenas de esa copiadas,
y me has de guardar tus mieles
cual yo te las guarde, intactas.

GRACIA. Y serán los pensamientos
de los dos, tras la distancia,
abejas que hacia mí vengan...

ANDRÓNICO. Y abejas que hacia tí vayan.
¿Sonarán dulces y puros
los instrumentos de caña?
Tocaremos la canción
con que te llamo y me llamas.
(*El toca en la flauta una breve canción de corte pastoril, que se repetirá en el segundo acto.*)

GRACIA. Muy bien la sabes, Andrónico;
¡qué alegre, y qué delicada!

ANDRÓNICO. Es ya de noche; el misterio
abre sus frágiles alas,
y convierte en religiosos
el aire, el cielo y las aguas.

GRACIA. Mira de la antes llovida,
copiar el cielo esa charca.
Imítase ésta, ocultando las orillas de un amplio espejo en la yerba, como si fuese un diminuto lago. Desde aquí al final, Gracia y Andrónico hablan con misterio, asomados primero al fondo del agua que finge el espejo, y después al cielo real, dándose cita en las estrellas, que contemplan con las caras hacia lo azul.)

ANDRÓNICO. Asomémonos unidos
á ver el cielo. (*Se asoman al cristal y andan á su alrededor.*)

GRACIA. ¡Qué claras
resplandecen las estrellas!
¡parecen notas de plata!

ANDRÓNICO. ¡Semeja música el cielo
es todo una inmensa flauta!

GRACIA. ¡Que oye el espíritu!

ANDRÓNICO. Oigamos
el gran himno de las almas.

GRACIA. (*Aplicando el oido al lago.*)
Sí, se oye; escucha.

ANDRÓNICO. Lo siento
allá dentro en mis entrañas:
atracción y simpatía
allá á los astros enlazan,
y simpatía y amor
atan las vidas humanas.
¡No hay más que amor!
GRACIA. *(Mirando al cielo real.)* Mira al cielo;
¡qué palio!
ANDRÓNICO. ¡Bajo él, Dios pasa!
Mira Venus que riente;
tal noche como esta plácida,
cuando pase el tiempo, mírala;
yo estaré también mirándola,
y allá en la estrella remota
se juntarán nuestras ansias.
GRACIA. Ve allí Sirio; ¡qué matices
centellean en sus ráfagas!
Tal noche como esta noche,
cuando cerca brille el alba,
mírala también, que yo
miraré su viva llama.
ANDRÓNICO. Aquella azul es testigo
de que al decirte «¡Adiós, Gracia!»
se me anega el corazón
en una lluvia de lágrimas.
GRACIA. Y aquella pura y divina
que está sobre nuestras caras,
sabe que tengo una pena
que el pecho me despedaza.
ANDRÓNICO. Júrame, ilusión divina,
por aquella estrella blanca,
que te has de acordar siquiera
de estos labios que te hablan.
GRACIA. Y también júrame tú
por la que brilla más alta,
no adorar á otra mujer
más que á mí; jura no amarla.
ANDRÓNICO. ¡Lo juro!
GRACIA. !Adiós, compañero!

ANDRÓNICO. ¡Adiós, alma de mi alma!
GRACIA. (*Tornando á inclinarse con misterio sobre el lago*).
Por última vez oigamos
al gran abismo de plata;
todos los luceros suenan
ANDRÓNICO. Todas las estrellas cantan.
GRACIA. Es una música inmensa
cuanto cielo y tierra abarcan.
No hay más que amor infinito,
y la luz es su palabra.
ANDRÓNICO. ¡Todo el cielo es una lira!
GRACIA. ¡Toda la Creación, un arpa!...

....

TELON

VASO DE ROCÍO

IDILIO GRIEGO

ACTO SEGUNDO

Vaso de Rocío

ACTO SEGUNDO

Deslumbradora estancia del palacio del Rey. En el centro hay un estanque y en derredor de él, plantas vivas y flores. Gran suntuosidad En una ventana, una jaula de oro con un pájaro. En el borde del estanque, habrá una flauta pastoril. Junto al foro se alza la escultura colosal de la Atena Aréia, de Fidias, de oro. Puede estar pintada en la decoración.

ESCENA I

Gracia y Ariadna.

La primera se ha convertido en una bellísima mujer; y la segunda, es, así mismo, distinta de como era en el acto primero. Ambas se ocupan en arreglar la jaula.

GRACIA. Vuelca el ánfora en el vidrio
y agua al pájaro pondremos;
mejor será del estanque,
del caño sonoro y fresco.

ARIADNA. (*Tomando el agua del caño de la alberca*).
Si no fuese de la Arcadia,
no cuidaran esos dedos
esta avecilla preciosa
cojida en aquél tèrreno;
¿verdad?

GRACIA. Verdad, Ariadna;
todo lo que es de aquél suelo
donde pasé mi niñez

sin soñar que con el tiempo,
como hija del Rey que era,
mi fin sería el saberlo,
todo lo que es de los sitios
que ví de niña, lo tengo
tan apegado á mi alma
como la piel á mi cuerpo.

ARIADNA. (*Cojiendo la flauta del borde del estanque*).
Ese pájaro, y la flauta
que tienes como recuerdo
de aquél idílio en que fuiste
pastora un poco de tiempo,
pienso que no los darías
á cambio de todo un Reino.

GRACIA. (*Tomando el instrumento pastoril*).
El tiempo vuelve sagradas
las cosas que valen menos,
y como al marfil antiguo
les dá un histórico aspecto,
y más si el amor las baña
con esa luz de misterio,
que es ánima de las cosas
y que idealiza el cerebro
Otra flauta hay en el mundo
hermana de este instrumento:
¡su canción recordaría
aun á través de lo eterno!;
donde está esa flauta, está
¡aquél por quien vivo y muero!

ARIADNA. ¡Pobre Andrónico! ¡qué suerte
le habrá la vida dispuesto!
De la escuela de Sicione
escultores mil han vuelto;
¿no preguntaste?

GRACIA. ¡Y ninguno
me contestó nada cierto!
La muerte acaso, la muerte...

ARIADNA. No hagas augurios funestos.

GRACIA. (*Señala á la estatua de Fidias*).
¡Y él soñaba en crear obras

como ese trozo soberbio!
Al hablar, su vista ardía
en relámpago del genio,
y hasta á su frente bajaba
luz inmortal de otros cielos.

ARIADNA. Si es que arrojó los cinceles,
mejor está sin tenerlos
pues mira lo que hace el mundo
¡con los Fidias, los maestros!,
por envidia difamarlos
y por encono perderlos.
¿Para qué emular á Fidias
el amado de tu pecho?
¡mientras volara más alto,
fuera el golpe más tremendo!
Fidias quiere ver al Rey
para pedirle consuelo
en su desgracia.

GRACIA También
ánsio á mi vez conocerlo,
á ver si él trajo noticias
de Andrónico, de allá lejos.
Ha regalado á mi padre
esa estatua, su talento,
para pedirle justicia
y que se apiade su pecho.

ARIADNA. ¿Y el Rey?...
No sé lo que piensa,
procuraré convencerlo,
para que salga triunfante
el dios del cincel helénico.
¡Quién sabe si á aquel que adoro
logro encontra con el tiempo,
y Fidias pueda infundirle
un rayo de su cerebro.
¿Han venido ya los pobres?

ARIADNA. (*Asomándose á un mirador*).
Allí en la plaza los veo.

GRACIA. Pues dá aviso de que suban
que yo misma adoro verlos.

ARIADNA. (*Asomándose á una puerta y dando la orden*).
¿Vas, cual siempre, por tu mano,
á darles limosna?
GRACIA. Cierto.
Se compone la limosna
no tan solo de dinero;
se forma, si es noble y grande,
con oro y con sentimiento.
Observa cómo se ponen
cuando toco con mis dedos
en sus manos; ¡no les cabe
la gratitud en el pecho!
ARIADNA. Así no puedes salir
á la calle, por que el pueblo
te victorea y te aclama
y el paso te va siguiendo.
GRACIA. Mejor; como fuí pastora,
á los humildes prefiero,
y aunque estoy en este sitio,
mi alma está donde están ellos.
ARIADNA. Aquí se acercan.

ESCENA II

Gracia, Ariadna y los pobres. (*Estos, solo desfilan por el fondo.*)

GRACIA. (*Con alta sencillez espiritual*).
Sois nobles
y de vosotros me acuerdo;
¿verdad? (*Les da limosna*).
POBRE 1.º ¡Señora, nos dáis
la vida!
GRACIA. ¡Tristes hambrientos!
POBRE 2.º Dejad que os bese la mano.
GRACIA. Bésala, si es tu deseo.
POBRE 3.º Y yo.
POBRE 4.º Y yo.
GRACIA. Lo que quisiera
en ella, es tener un reino
que daros á cada uno.

Pobre 5.° Vale el amor más que eso.
Pobre 6.° Contento estoy de ser pobre
por la ventura de veros.
Gracia. Gracias. Toma.
Pobre 7.° Y yo, Señora,
dichoso también me creo.
Ariadna. (*ap.*) ¡Parece un panal de miel,
y los pobres los insectos!
Gracia. (*Vivamente emocionada*).
¿Ves, Ariadna?
Ariadna. ¿Qué?
Gracia. Mira
la cara de ese mancebo:
¿cuál te recuerda?
Ariadna. (*Pensando.*) Ninguna.
Gracia. La de Andrónico.
Ariadna. No creo...
Gracia. (*Llama al pobre, el cual recuerda algo la cara de Andrónico*)
Ven, joven.
Pobre 8.° A vuestros pies.
Gracia. De rodillas, en el templo
ante Atena; ante lo humano
bastan cariño y respeto.
¿Cuál es tu nombre? Contesta.
Pobre 8.° Mi humilde nombre, es Anteo.
Ariadna. (*A Gracia.*) ¿Ves como nó?
Gracia. ¿Tú has estado
en la Arcadia hace ya tiempo?
Pobre 8.° No Señora.
Gracia. ¡Se parece!
igual que un cielo á otro cielo!
Toma.
Pobre 8.° ¿Tanto?
Para tí (*Vase el pobre*).
¡Si fuera quien yo deseo!
Ariadna. Estás loca; hay que calmar
esa inquietud y ese fuego.
Gracia. ¡Qué tristeza! Acaba tú
la limosna, yo no puedo! (*Vase*).

ESCENA III

Ariadna y los pobres, que siguen desfilando.

ARIADNA. Tomad; está fatigada
la Princesa.

POBRE 9.° ¡Que el mareo
nada sea!

ARIADNA. Terminad:
vaya; toma; pasad presto;
tú; para tí; ¿queda el último?
pues vaya.

ESCENA IV

Ariadna y Salício.

(Este no reconoce á la primera, y viene en traje de pastor, con su callada. Al dar Ariadna la última limosna, la recibe Salício sin querer.)

SALÍCIO. (*Aturdido.*) Pero ¿que es ésto?

ARIADNA. La limosna, como á todos.

SALÍCIO. Muchas gracias; yo no vengo
á pedir limosna.

ARIADNA. ¿No?
me figuré que eras de ellos.
(*ap.*) ¿Si será un loco?

SALÍCIO. ¿No es
este gran palacio, el mesmo
de nuestro Rey?

ARIADNA. Es el mismo;
pero tú, ¿con qué derecho
entras aquí? ¿qué te guía?

SALÍCIO. Por que traigo en este dedo
una señal.

ARIADNA. ¿Una seña?

SALÍCIO. Si señora, y de oro neto.

ARIADNA. (*ap.*) Esta voz no me disuena,
yo esta cara la recuerdo,
(*alto.*) ¿Y para qué es la señal?
SALÍCIO. Para que digan si puedo
ver á una tal Ariadna.
ARIADNA. ¿Para qué, puedo saberlo?
SALÍCIO. Traigo un anillo, que es suyo,
y el Rey me ha de hacer, al verlo,
El Gran Señor de la Arcadia,
pues fué lo que me ofrecieron.
ARIADNA. (*ap.*) ¡Es Salício! ¡el és, no hay duda!
SALÍCIO. (*alto.*) ¿Con que eres tú?...
Yo me pienso
que sí... si no me cambiaron
por otro, sin yo saberlo.
ARIADNA. ¿Y quién te dió la sortija?
SALÍCIO. Una mujer, que era un sueño...
de fea; pero simpática.
ARIADNA. (*ap.*) ¡Es galante el caballero!
SALÍCIO. Por buscar á una pastora
en la Arcadia, me dijeron
que me harían Gran Señor,
y por el título vengo.
ARIADNA. (*ap.*) ¡Es divertido este hombre;
si Gracia estuviese oyendo!...
¿Sabrá noticias de Andrónico
tal vez? (*alto*) ¿Qué hiciste ese tiempo?;
cuenta; sepamos qué fué
de tu vida.
SALÍCIO. Se rieron
los pastores, cuando dije
que el anillo era un pretesto
para ver al Rey, mas yo
de la burla no hice aprecio.
Luego, pensando y pensando
si fuese mentira ó cierto,
mientras estaba á mis solas
me devanaba los sesos
un día tras otro día,
á veces viéndome hecho

Gran Señor de grandes tierras
y así de inflado el pellejo,
(*Señalando una rotunda salud*).
y otras veces encarnado
de vergüenza, en el supuesto
que de mí se reirían
desde el Rey hasta el portero.
Así los tiempos pasaron,
y luchando en mis adentros
entre si voy, si no voy,
entre si torna y si vuelvo,
aquí estoy porque he venido,
y vengo por lo que vengo.

ARIADNA. (*ap.*) Este hombre es una delicia;
en Palacio ya tenemos
risa de largo. (*Alto*) Aquí espera.
(*Váse.*)

ESCENA V

Salício.

(*Sin soltar su porra de pastor, examina, temeroso y encantado, la estancia.*)

A avisar irá, de cierto,
á la dueña del anillo:
¿esto es realidad, ó sueño?
¡Qué mujer! ¿será de oro? (*por la estatua*)
Aquí, debajo del cielo, (*Mirándolo*)
hay una alberca con peces
como barquitos de fuego;
allí un sillón: ¿si será
en donde el Rey tome asiento?;
aquí, una jaula; ¡qué linda!;
pero, ¿qué miro? ¡si hay dentro
un pájaro de los mismos
que vuelan por mi terreno!;
¡adiós, amigo! ¿qué tal

lo pasas en ese encierro?;
¡siempre, encontrarse á un paisano,
le da al corazón contento!
¿Quién te trajo? ¿por qué estás
tan pensativo y tan serio?;
¿no estás en casa del Rey
adornando su aposento?
¡Estás triste; tú has nacido
no para palacios regios;
para tener, como yo,
prados y montes por hierros,
por espacio, todo el mundo;
y por jaula, todo el cielo!
(*Viendo aparecer á Gracia y á Ariadna y aludiendo á la primera.*)
¡Debe ser la del anillo;
divina mujer se ha hecho!

ESCENA VI

Gracia, Ariadna y Salício.

SALÍCIO. (*Ingenuamente.*)
¡A vuestros pies, Gran Señora!
ved vuestro anillo aquí puesto;
vengo á que me hagáis la gracia
que prometiste hace tiempo.

GRACIA. (*ap. á Ariadna*).
Tampoco á mí me conoce,
pero yo sí le recuerdo.
(*alto*) Siéntate.
(*Siéntanse las dos, pero Salício, después de ver que el asiento que le señala Gracia, es demasiado rico para él, se sienta en el suelo, colocándose al lado la porra*).

SALÍCIO. Ya estoy sentado;
pondré á mis pies el sombrero.

GRACIA. (*Irónicamente.*)
¡Un Gran Señor de la Arcadia
sentado en el pavimento?

(*Pónese de pie, después de hacerse un lío.*)
Dime: ¿tú acaso recuerdas
de Andrónico, un compañero
mío, que allá, por tu tierra,
tú debiste conocerlo?

SALÍCIO. (*Conmovido.*)
¿Andrónico? Un buen amigo,
un amigo verdadero,
como pocos generoso,
noble, y con mucho talento.

GRACIA. (*A Ariadna, ufana del elogio.*)
¡Vaya, y lo bien que se expresa;
no parece un hombre de esos
sin estudios, tiene luces;
me gusta.

SALÍCIO. (*Siguiendo el relato*). Su padre, un viejo
honradote y compasivo,
vivía allá en mi terreno;
era su afán y su gloria
el muchacho; quiso hacerlo
de esos que labran estatuas,
pues mi amigo era un portento
según decían, sacando
del barro gloria y provecho.

GRACIA. (*Jubilosa á Ariadna*).
Pero ¿no oyes á este hombre?
¡qué explicación, qué cerebro!

ARIADNA. (*ap.*) ¡Como que elogia al que amas!;
¡me dijo fea el plebeyo!

GRACIA. Y ¿no fué, al cabo, á Sicione
un joven de tanto mérito?

SALÍCIO. Allí fué; también sus padres
marcharon donde el mancebo
y...

GRACIA. (*Ansiosa.*) ¿Qué? ¡Sigue!... ¿qué?

SALÍCIO. (*Con sentimiento.*) Hasta hoy:
no sé más de lo que hicieron.

GRACIA. ¿Moriría?

SALÍCIO. ¡Qué sé yo!;
pero estará sano y bueno:

el día menos pensado
se nos presenta trayendo
una carga de laureles
y otra carga de dinero.

GRACIA. (*A Ariadna.*)
¡Qué elocuencia! Esto no es
un pastor!

ARIADNA. ¡Pues ya lo creo!

GRACIA. Por haber tan bien hablado
de Andrónico, te concedo
que hagas todo cuanto gustes
en Palacio como dueño.

ARIADNA. El Rey se acerca hacia aquí.

GRACIA. (*A Ariadna, por Salicio.*)
Vete con él; yo me quedo.

ESCENA VII

Gracia y el Rey.

GRACIA. Buenas noches, padre mío.

REY. Es verdad, va anocheciendo.
(*Detrás del Rey viene un servidor con luces, que deja en la estancia, y desaparece.*)
Me vengo aquí á meditar
en mis asuntos.

GRACIA. ¿Te dejo?

REY. No, quédate; quiero hablarte,
aquí los dos en secreto,
sobre un caso de conciencia
que activo late en mi pecho.

GRACIA. Dí lo que gustes.

REY. ¿Conoces
sólo el nombre por supuesto,
del autor de esa escultura,
copia de la otra del templo
de Platea?

GRACIA. Regalada
te la manda el sentimiento
del magno escultor de Grecia,

de Fidias, el gran maestro.
REY. ¿Luego conoces su fama?
GRACIA. ¡Quién no adora su talento!
REY. De hurtador está acusado,
y dar mi sentencia espero.
GRACIA. (*Señalando á la escultura.*)
¿Hurtador dices, quién hizo
ese milagro soberbio?
¡hurtador, sí; pues la mamo
robó á Dios para hacer eso!
Si es que merece castigo
el que se lanza á los cielos,
y al mismo Dios arrebata
sus grandezas y portentos,
descarga el golpe terrible
del gran Fidias en el pecho,
por que robar á Dios mismo
es colosal y es inmenso;
mas si de otro robo acusan
á su enorme entendimiento,
quema las lenguas que manchen
con inmundo balbuceo,
al que de piedras y bronces
cincela dioses excelsos!
REY. Tu juraras...
GRACIA. Yo lo juro;
(*Yendo, exaltada, á la escultura*)
no hay más que ver ese sueño
de hermosura; en esa frente
está el saber de un gran pueblo;
palpita el alma de Grecia
en esos ojos serenos;
sonríen en esos labios
bosques, ríos, mares, cielos,
y arde en toda esa figura
la religión de los griegos.
¡Cómo quieres, cómo piensas
que haya caído hasta el suelo,
el que se eleva tan alto
que tiene al sol por asiento!

REY. Parece que está probada
su culpa.

GRACIA. Los que mintieron
para manchar la grandeza
de Fidias, serán sus émulos.
Pienso que los envidiosos
son caracoles rastreros
cuya gloria es ver el mundo
todo de babas cubierto.
Hazle justicia ¡oh gran Rey!,
tú eres noble, tú eres bueno,
tú sabes también que el arte
es de todo lo supremo.

SERVIDOR. Señor, unas Comisiones
de las Colonias.
(*Váse*)

REY. Te dejo.

GRACIA. ¿Con esperanzas?

REY. No sé.
es delicado el proceso.

ESCENA VIII

Gracia.

(*Cae en un asiento, mirando á lo azul.*)

Vosotros, ¿qué me decís,
mil enjambres de luceros?
mientras aquí sufre Fidias,
¿qué es de mi Andrónico, oh cielos!
¿Cuál de vosotras sostiene
su vista en este momento,
flores del azul jardín
que arriba brillar os veo?
Pálidas rosas de luces,
jazmines blancos y trémulos,
claveles hechos de rayos
que llenáis el palio negro:
nos dimos cita en vosotros

con el amante recuerdo:
¿dónde está su ser divino?
¿dónde está que no lo veo?
(*Váse*)

ESCENA IX

Fidias y Servidor.

SERVIDOR. Descansad, Señor, si os place,
en esta estancia un momento,
que á anunciaros voy al Rey
y aquí pronto podéis verlo.
(*Váse.*)

ESCENA X

Fidias.

Desde la gloria más alta
caí al fondo más siniestro;
¡mirad arriba, felices!;
¡yo á lo profundo, á lo negro!
(*Queda al borde del estanque mirando al fondo.*)
Engañadoras estrellas
que abajo os copiáis riendo,
y os deshacéis cual las hojas
de mis tristes pensamientos:
¿dónde está la estrella mía,
la que tiene su recuerdo,
que en todo un cielo la busco,
y no brilla en todo el cielo?
¡Tanto han llorado mis ojos
mirando vuestro hormiguero,
que el cielo se me figura
un lacrimatorio inmenso!

ESCENA XI

Fidias y el Rey.

SERVIDOR. (*Anunciando; váse.*)
El Rey.
FIDIAS. Señor, yo os saludo.
y los pies, humilde, os beso.
REY. (*Conteniéndole.*)
Sólo soy un ciudadano
de Grecia, no Dios; ni debo
hacer que ante mi corona
hinque su rodilla el genio.
Yo tan sólo he de juzgarte.
FIDIAS. A pediros gracia vengo.
REY. Los sacerdotes de Júpiter,
allá del Olimpia en el templo,
te dieron para esculturas
oro y marfil, que pusieron
en tus talleres de artista
á merced de tu talento.
FIDIAS. Es verdad; es imitada
la estatua que al frente veo;
solo es bañada en el oro,
y por no ser de oro, puedo
ofrecérosla: las otras
que adornan los monumentos
y los altares de Atenas
y que mis manos hicieron,
son de marfil y oro puro,
oro y marfil que sin cuento
me dieron los Sacerdotes
de Olimpia, y yo con mis dedos
de la materia hice dioses
que hoy son el culto de un pueblo.
REY. De hurto te acusan.
FIDIAS. ¿Qué es hurto,
que no lo sé?, estoy oyendo

esa voz en todas partes
como un estigma funesto.

REY. Se te acusa de que tiras
oro sin forma ni objeto.

FIDIAS. ¿Qué oro tiro? Mucho más
derrocho de sentimiento,
y nadie viene y me acusa
de lo que doy con exceso.
Si se llama hurtar, quedarse
con lo que es del bien ajeno,
sin pagar antes lo justo
que avalora todo objeto,
sepa el Rey que no se pagan
mis estatuas con un Reino,
porque en ellas está Dios
que no se compra con cetros,
y si no pagan lo justo
que ante la ley yo merezco,
yo acuso como hurtador
de mi gloria, al mundo entero.

REY. Arranques de fantasía,
mas no razones de peso.
Dicen que tiras el oro
por tirarlo.

FIDIAS. (*Con arrebato.*) Cuando ciego
por la fiebre de crear
vibran valientes mis nervios
y modelo con mis manos
algún coloso soberbio,
para hacer la cabellera,
yo no cuento los cabellos;
para hacer el rico traje,
los pliegues no sumo y cuento;
ni voy marcando los hilos
para hacer el manto regio;
sino que loco, en la llama
de la inspiración ardiendo,
tiro á puñados el oro
sin saber que lo disperso,
pues no se labran colosos

con la medida del metro;
¡y hace el mar igual, tirando
olas sublime y soberbio,
la noche tirando estrellas,
y el sol torrentes de fuego!

REY. Hay que ser parco, y medir
los arranques del cerebro;
la mesura y la armonía
son las alas del talento.

FIDIAS. La mesura es equilibrio;
lo atinado es lo discreto;
no hay peso para los montes,
para el mar, ni para el cielo.
Interrogad á un crepúsculo
por qué es brillante y espléndido;
decid que tasado sea
su tono rojo y violento;
pedid que parcos se ostenten
los cien verdes de su incendio;
suplicad á sus azules
que se precien de correctos;
interrogad á los oros
por qué son tan opulentos;
á los carmines decid
por qué fulguran ardiendo,
y multad á los añiles
por tener tantos reflejos.
La mesura y la armonía
son el dibujo correcto,
pero no la inspiración,
la fantasía, ni el estro;
y sobre líneas de estatuas
y sobre líneas de lienzos,
ha de abrirse el corazón
como un crepúsculo espléndido.
(El Rey queda pensativo.)

SALÍCIO. *(Asomando temerosamente.)*
Dicen que se halla aquí el Rey
y aún no pude conocerlo:
los dos me parecen Reyes,

mas ¿cual será el verdadero?
(*Repara en la flauta que está al borde del estanque.*)
¿Una flauta? La recojo
para tocarla. (*Váse.*)
En silencio
os quedáis.

REY. Es que medito.

FIDIAS. (*ap.*) ¿Herí al Rey?... ¡Acaso!

REY. (*Yéndose meditabundo.*) Os dejo.

ESCENA XII

Gracia y Fidias.

FIDIAS. (*ap.*) ¡Irreverente habré estado!

GRACIA. (*ap.*) Es Fidias; verle deseo,
á ver si sabe de aquél
por quien vivo, y por quien muero!
(*alto.*) ¿Sabéis, Fidias, si en Sicione
logró alcanzar nombre y puesto
como escultor, un artista...
(*Queda desconcertada.*)

FIDIAS. (*ap.*) Esa cara y ese acento...
(*alto.*) Seguid, seguid, que os escucho
regocijado de veros.

GRACIA. (*ap.*) Esa voz y ese semblante...
la emoción nubla mi pecho...
(*alto.*) Si alcanzó puesto de artista
como escultor, un mancebo...

FIDIAS. ¿Su nombre?

GRACIA. Andrónico.

FIDIAS. ¿Así
se llamaba?

GRACIA. Lo recuerdo
con toda mi voluntad,
memoria y entendimiento.

FIDIAS. ¿Con tanto ardor? Dispensadme
la pregunta.

GRACIA. Sois muy dueño
de saber cuanto gustéis;
de ese modo lo recuerdo.

FIDIAS. (*ap.*) ¡Qué sospecha tan audaz!
(*alto.*) Y... ¿quién sois, si no os ofendo?

GRACIA. Soy Gracia, la hija del Rey.

FIDIAS. (*ap.*) ¡Qué locura, esto es un sueño!
(*alto.*) Pues en Sicione, no ha habido
más que un Andrónico, haciendo
líneas de estatuas.

GRACIA. ¿Y á ese,
lo tratásteis?

FIDIAS. Soy yo mesmo.
Me llamo Andrónico; y Fidias
es sobrenombre que llevo.

GRACIA. ¿Vos?

FIDIAS. Yo mismo; cierta joven
que es la ilusión de mis sueños,
de niña me aconsejó
ponerme un nombre supuesto,
y yo que por ella vivo,
y yo que por ella muero,
troqué Andrónico por Fidias,
y puso la fama el resto.

GRACIA. (*Señalando á la estatua que hay en escena.*)
¿Luego esa escultura?...

FIDIAS. Es mía.

GRACIA. ¿Y estuvísteis hace tiempo
en la Arcadia?

FIDIAS. De allí viene
este amor que oculto llevo.
(*Con mucho arrebato hasta el final.*)

GRACIA. ¿Luego sois aquél?

FIDIAS. ¿Y vos,
sois aquélla por quien sueño?

GRACIA. Vos me dísteis varias citas
en lo azul.

FIDIAS. En ese cielo,
¡que ya gastaron mis ojos
de buscar en él los vuestros!

¿Luego sois hija del Rey?
GRACIA. ¿Luego sois hijo del genio?
FIDIAS. ¿Es que se rasga la gloria?
GRACIA. ¿Es que se rasgan los cielos?
Os busqué en todas las luces
que pueblan el firmamento.
FIDIAS. De ese espacio abrillantado
os busqué en los siete velos.
GRACIA. Hace poco, en él miraba
sin esperanza de veros.
FIDIAS. Hace un instante, inquiría
en el fondo de ese espejo.
Vos llegásteis á Princesa.
GRACIA. Vos á Rey del sentimiento.
FIDIAS. ¿Aun me quieres? ¿aún me adoras?
GRACIA. ¡Yo estoy ciega!
FIDIAS. ¡Yo estoy ciego!
GRACIA. ¡Cuánto en hallarte soñando!
FIDIAS. ¡Yo en hallarte, cuánto tiempo!
¿Me amarás toda la vida?
GRACIA. Con un amor que es eterno.
(*Suena distante la flauta, que toca Salicio: es la canción pastoril del acto primero*).
FIDIAS. Esa canción... ¿no la escuchas?...
GRACIA. Es la misma, la recuerdo.
FIDIAS. Llevo sus notas grabadas
en lo interior de mis huesos.
GRACIA. Yo la llevo en mis entrañas
y en mi espíritu la siento.
Oigámosla.
FIDIAS. ¡Qué armonía!
finge que viene de un sueño.
GRACIA. Es un vaso de rocío
que se derrama en el viento:
¡es la inmortal y es la pura,
flauta del idilio griego!
(*Sigue sonando dulcísimamente la flauta, mientras cae, lento, el telón.*)

Fin del acto segundo.

VASO DE ROCÍO

IDILIO GRIEGO

ACTO TERCERO

Vaso de Rocío

ACTO TERCERO

DECORACIÓN

El escenario representa la estancia más suntuosa del Palacio real. Cierra todo el foro un gran cortinón de púrpura, que se descorrerá oportunamente.

ESCENA I

Ariadna y Salício.

(Ella arregla los objetos de la estancia y él la escucha.)

ARIADNA. Pero dí, ¿cómo es posible
que con los años que cuentas,
no hayas visto todavía
la procesión de Minerva?

SALÍCIO. Sólo sé que es esa Virgen
diosa de la inteligencia
y que la adoran los griegos.

ARIADNA. Con mucho ardor la veneran.
Y... ¿no sabes más?

SALÍCIO. No sé;
pero yo, allá por mis tierras
guardando cabras, ¿qué quieres
que sepa, ni que no sepa?

ARIADNA. Verás: cada cuatro años
las más ilustres doncellas
bordan en *péplos*, un velo
que á la gran diosa le llevan,

y para entregarle el manto,
vienen de las Islas griegas
Enviados que se juntan
con lo más rico de Atenas,
y todos van componiendo
la procesión. Van en ella
también ovejas y cabras
al sacrificio dispuestas.

SALÍCIO. Si también pasa ganado,
metido entre las ovejas,
quizás también yo podría
ir de pastor en la fiesta.

ARIADNA. Tú la verás desde aquí;
lo quiere así la Princesa

SALÍCIO. Y ¿cuál es? que todavía
no he logrado conocerla.

ARIADNA. Ya lo sabrás; pues escucha;
verás en la estancia ésta
entrar luego Comisiones
de las Colonias de Grecia
para saludar al Rey,
y verás también en ella
las hijas de los Eupátridas,
vírgenes todo belleza,
y personajes gloriosos,
y gentes de altas esferas.

SALÍCIO. ¿Y para llevar un velo
tanta gente y tal riqueza?;
yo era capaz de llevarlo
en un brinco.

ARIADNA. Es una idea
la de agruparse esas gentes;
son la unión y son la fuerza
de toda una sociedad
que lo mismo siente y piensa.
Andar, es también votar;
y dice más la presencia
de cien mil seres que marchan
detrás del dios que veneran,
que todo lo que dirían

esos seres con la lengua.
Hoy está Grecia conforme,
toda junta, toda entera,
en que es bella, y noble, y culta,
y en que idolatra á Minerva.

SALÍCIO. ¡Lo que se aprende en Palacio!;
pero, díme; ¿quién se empeña
en no dejarme partir,
ya hecho Señor, á mi tierra?;
¿quién tiene que darme el Título?
¿no es el Rey?

ARIADNA. Es la Asamblea,
pero la Asamblea acata
aquello en que el Rey se empeña,
y el Rey también viene á hacer
lo que quiere la Princesa;
de consiguiente, tú estás
como al pie de una escalera,
y de peldaño en peldaño
te ha de venir lo que quieras.

SALÍCIO. Pues lo que quiero, es largarme
ya con mis cabras y ovejas,
que quizás cuando yo torne
irán á estar todas muertas.

ARIADNA. Tú ya empiezas á estar triste,
y nada, nada te alegra;
¡los palacios, para el Rey;
para el pastor, las praderas!
¿Verdad? ¿verdad?... (*Váse.*)

ESCENA II

Salício y Servidor.

(*Este trae una bandeja llena de panales.*)

SERVIDOR. ¡Qué hermosura!
¿no ves, Salício?

SALÍCIO. ¿Qué llevas?

SERVIDOR. Miel que en tu tierra, cantando
esprimieron las abejas.
SALÍCIO. ¿Es verdad?
SERVIDOR. Estos panales
tus verdes campos los echan.
SALÍCIO. (*Animándose por el recuerdo de su país*).
Los recorrí con mis cabras;
y en Abril, cuando comienzan
á florecerse las ramas
y á salpicarse las yerbas,
de tonos, como un rocío
de florecillas abiertas,
oyes por el campo todo,
si en el campo te recuestas,
una música de insectos
que no sabes si está cerca,
que no sabes si está lejos,
que no sabes si resuena
á tus pies entre las matas,
ó encima de tu cabeza.
Todo el campo es una música
de mil notas que cerdean,
y oyes por aquí sonidos
y por allá hojas que tiemblan,
por todas partes cantatas
que al aire dan las abejas;
y te parecen las flores,
si curioso las observas,
con los insectos ocultos
en medio de las hojuelas,
flores que son de sonidos,
flores que, según las cuerdas,
unas zumban con voz grave,
otras lloran con voz queda,
otras te parecen flautas
en lo alegres y ligeras,
y esas flores musicales
parecen por Dios dispuestas,
para que canten al alma
la canción de primavera.

SERVIDOR. Mucho piensas en tus ríos,
en tus valles, y en tus selvas.
SALÍCIO. ¡Que si pienso! ¿Y las mil fuentes
que se filtran por la yerba
enredando entre las guijas
madejas y más madejas?
SERVIDOR. ¡Para agua, los manantiales
de la Arcadia!
SALÍCIO. Por las piedras
ves bajar hilos temblones,
ves descolgarse las hebras
formando locos tejidos
que se rompen y se enredan,
y esos mil chorros de flecos,
y esas mil sartas de cuentas,
van juntándose hilo á hilo,
van corriendo trenza á trenza,
van atando gota á gota
las que bajan por las grietas,
y tan bien cantan sus sones
y tan alegres gorgean,
que dudas si dentro hay pájaros
de las aguas cuando ruedan,
pues todo se vuelven trinos,
carcajadas y cadencias;
y cuando aplicas la boca
para beber agua fresca,
al par que bañas los labios
en los espejos que tiemblan,
te estás hartando de música
y oyendo el son de una fiesta.
¡Quién estuviese allí ahora!
SERVIDOR. Mucho quieres á tu tierra;
ahora mismo volarías
si aquí la jaula te abrieran.
SALÍCIO. (*Por el pájaro.*) Con mi *paisano* ahora mismo
emprendía la carrera,
y no paraba hasta dar
en mis llanos y en mis sierras.
SERVIDOR. ¡Tu paisano!... ¿dónde está?...

SALÍCIO. Metido en la jaula esa,
¡triste como está mi alma,
y negro como mi pena!
SERVIDOR. El Rey se acerca.
SALÍCIO. (*Asustado.*) ¡Dios mío!
¿Que haré? ¡Escaparme allá fuera!
(*Váse.*)

ESCENA III

Gracia y el Rey.

GRACIA. ¡A tus plantas, padre mío!
REY. ¿Que es lo que quiere mi Reina?
GRACIA. Hoy debes estar alegre,
porque es día de gran fiesta:
¡deja que te ate una cinta
de besos en la cabeza!
REY Se me aligeran los años
cuando tu boca me besa.
GRACIA. Dicen que los besos puros
que ofrecen las almas buenas,
si se dan sobre las canas,
las canas se vuelven negras:
Deja que bese la nieve
que te sirve de diadema,
y acaso la juventud
de nuevo anime tus venas.
REY. Tu palabra es un aroma
que los huesos me penetra,
y satura mis sentidos
y embalsama mi materia.
¡Dulce hija mía; á excepción
de las mujeres de Grecia,
yo he querido hacerte sabia
que es adorno de ser buena.
GRACIA. Y te pago tus bondades
siendo amor para tus penas,
miel para tus amarguras,
luz para tus horas tétricas.

Quién pudiera así, abrazada
á tí con loca vehemencia,
calcar en tus viejos ojos,
los míos que vivos tiemblan;
en tu boca, que es invierno,
la mía que es primavera;
en tu frente que es arrugas,
desilusión y pavesas,
la mía que es esperanza,
vida, voluntad y fuerza;
quién pudiese en tus dos manos
que penden lacias y enfermas,
calcar mis manos que esconden
calor de la vida nueva;
y así, en un jigante abrazo,
como un licor que se vuelca
de una copa en otra copa,
dilatarme por tus venas,
á ver si darte podría
vida inmortal, vida eterna.

REY. Me enterneces de ventura
cuando así hablando te expresas:
y para tí, ¿qué dejabas
de tu graciosa existencia,
espíritu que me alumbras
y en torno de mí revuelas?

GRACIA. Para mí que nada soy,
nada quiero; tú que llevas
las vidas todas pendientes
de tu gran inteligencia,
necesitas fuego y brío
para llenar de firmeza,
con tu discurso, las almas;
con tu sentir, las conciencias.
Pendientes van de tu vida
tantos seres que gobiernas,
y tras tu dedo extendido
camina la raza griega.
Como un fluído invisible
llenaría tu materia

y en tí me revolvería
con vigores de centella,
y ese cuerpo fatigado
alzarse otra vez hiciera
con la corona de Rey
en la segura cabeza.

REY. Me enterneces con la gracia
que Dios puso en tu alma buena.

GRACIA. No suspires, que un latido
cada lágrima se lleva.

REY. También se lleva, hija mía,
cada lágrima una pena.
Déjame llorar así
en tí echada la cabeza,
ahora que solos tú y yo
ningunos ojos observan,
que también los Reyes lloran
tristes lágrimas enfermas.

GRACIA. Una cosa he de pedirte.

REY. Pídeme las que tú quieras.

GRAGIA. La absolución para Fidias.

REY. Veré si puedo obtenerla.

GRACIA. Con que quieras, también quiere
la nación que te venera.

REY. (*Retirándose.*)
Déjame pensar un rato.

GRACIA. ¿Sin esperanza?

REY Con ella. (*Váse*)

GRACIA. Ya conseguí la justicia;
sus labios no me la niegan;
¡haciendo llorar á un Rey,
triunfó el amor de la fuerza!

ESCENA IV

Gracia y Salício.

(Este asoma cautelosamente.)

SALÍCIO. (*ap.*) ¿Se fué ya Su Majestad?;
sangre no tengo en las venas
del gran susto que he pasado.
(*Reparando en Gracia.*)
¡La del anillo; qué bella!

GRACIA. ¿Eres tú, Salício?

SALÍCIO. Pienso
que yo no soy ya quien era;
yo vine aquí por tu causa
y arrepiéntome de veras.

GRACIA. ¿Que te arrepientes? ¿por qué?
¿tú no mandas? ¿tú no ordenas?

SALÍCIO. Parezco un duende vagando
por estas mansiones regias,
y como á un tonto me traen,
y como á un tonto me llevan.
Si callo, todos se ríen;
si hablo, las risas aprietan;
si ando, estorbo; si me siento,
me hacen alzarme y me echan.
Yo creí que en un Palacio
fuese más fácil tarea
andar como andan los Reyes,
hablar como las Princesas,
sentarse como los Príncipes,
accionar como las Reinas,
pero estoy ya convencido
que no nací para Alteza,
¡por que ni sirve un pastor
para las altas esferas,
ni tampoco sirve un Rey
para guardar las ovejas!

Toma tu anillo.
GRACIA. No es mío.
SALÍCIO. ¡Vaya si eres embustera!;
es tuyo; tú me lo diste
para que al venir, me hicieran
el Gran Señor de la Arcadia,
¡y valientes trazas llevan
de hacerme á mí Gran Señor!
¡Si seré tonto!
GRACIA. Si esperas,
lo serás.
SALÍCIO. ¿Quién va á nombrarme?
GRACIA. Mi padre.
SALÍCIO. (*Irónico.*) ¡Grande Excelencia!
será tú padre!
GRACIA. (*Dignamente.*) ¡Es el Rey!
SALÍCIO. Pero ¿sois vos la Princesa?
GRACIA. Yo soy.
SALÍCIO. (*Arrodillándose.*) ¡Perdón!
GRACIA. Alza y díme:
¿pero tú, no me recuerdas?
SALÍCIO. ¡Recordar! ¿estáis de risa?
¡no parece, buena es esa,
sino que vos y este pobre
hayamos ido á la escuela
juntos, ó hayamos estado
los dos en mi misma tierra
haciendo flautas de caña
para alegrar las praderas!
GRACIA. ¡Pues de eso somos amigos!
SALÍCIO. ¿Os reís?
GRACIA. Estoy bien seria,
es decir, seria no estoy,
que no puedo, aunque quisiera.
En Palacio hay una flauta
hecha por tí.
SALÍCIO. (*Al verla.*) ¿Quizás ésta?
GRACIA. La misma.
SALÍCIO. Ya la he tocado.
GRACIA. ¿Y no notaste que es ella?

SALÍCIO. Se parece á las que invento,
pero no caí en la cuenta.
GRACIA. (*Señalando en la flauta*)
¿Esta letra, la conoces?
SALÍCIO. Sí que conozco esta letra,
¡¡la de mi nombre!!
GRACIA. Por tí
está en esa caña puesta.
SALÍCIO. ¿Por mí?
GRACIA. En dos flautas iguales
dejaste esas cifras hechas
ha mucho tiempo.
SALÍCIO. (*Recordando.*) ¡Por Baco!,
¡qué temeraria sospecha!
¿Sois aquella niña vos?
GRACIA. Soy la misma, soy aquélla.
SALÍCIO. ¿Y el otro... el de la otra flauta?
GRACIA. ¡Es gran artista de Grecia!
¡Fidias!
SALÍCIO. ¡¿El que hace los dioses?!!
(*Aparece Fidias.*)
GRACIA. ¡Mira, estás en su presencia!
SALÍCIO. (*En el más alto asombro.*)
¡Ella y él, mis dos amigos!
¡qué emoción, yo voy á tierra!
(*Cae en un asiento.*)

ESCENA V

Gracia, Fidias y Salício.

GRACIA. Al suelo fué de alegría.
FIDIAS. ¿Qué sucede?
GRACIA. La sorpresa;
acabo de revelarle
que yo fuí su compañera
de la niñez en la Arcadia
y que tú también lo eras.
FIDIAS. Vuelve en sí.

SALÍCIO. ¡Yo codeándome
con dos grandes de la tierra!
FIDIAS. Pues por esa vida tuya
mi vida toda te diera;
cambiara por ser pastor
esta vida que me pesa
SALÍCIO. Y yo os aceptaba el cambio
con todas sus consecuencias.
FIDIAS. Veredas más empinadas
que las que suben tus sierras,
hay que subir en la vida
con un peso enorme á cuestas,
y cual Sísifo que asciende
hasta la cumbre la peña,
y se le cae de los hombros,
y otra vez baja por ella,
hay que bajar al abismo
por nuestra fama deshecha.
GRACIA. (*A Fidias.*) Alégrate, que ya estoy
de tu perdón casi cierta.
FIDIAS. Será una triste esperanza.
GRACIA. Realidad acaso sea:
hablé al Rey, lo conmoví,
y lo incliné á la clemencia.
Esperemos.
FIDIAS. Esperemos
si lo quieres.
SALÍCIO. ¿Y qué es esa
pena que os tiene tan triste?
¿quién osó ofender siquiera
al amigo de mi infancia
en traición á su grandeza?
Si llego á saber quien fué
el que os manchó con su lengua,
con mi porra de pastor
le sacudo en la cabeza.
Que me digan quién ha sido.
GRACIA. (*Asomándose á un mirador.*)
Ya el movimiento comienza
para el desfile.

SERVIDOR. (*Con un pliego en una bandeja de oro.*)
Señora:
Enviados de Eritrea,
de Efeso, de Chipre y Milo,
de Naxos, Lésbos y Creta,
ver al Rey quieren, y todos
bajo del pórtico esperan.

GRACIA. Que pasen aquí. Y al Rey
avísales su presencia.

SALÍCIO. (*ap.*) ¡Vaya un nublado; del susto
me están temblando las piernas!

SERVIDOR. (*Alargando á Salício la bandeja de oro en la cual va su título.*)
De parte del Rey.

SALÍCIO. (*Deslumbrado.*) ¡El Título!

SERVIDOR. ¡Sois Gran Señor!

SALÍCIO. (*Después de leer para sí.*) ¡Soy Alteza!
¡Ya soy el Rey que domina
en mis valles y en mis sierras!
¡Sin abrazos que he de dar
á mis piaras de ovejas!
(*Váse dando brincos salvajes.*)

GRACIA. (*A Fidias.*) Recobren la luz tus ojos
y alza la firme cabeza,

FIDIAS. Sin dignidad, no me halagan
arte, cinceles ni piedras.

SERVIDOR. (*Anunciando.*)
El Rey.

ESCENA VI

Gracia, Fidias y el Rey.

GRACIA. (*Yendo, suplicante, al Monarca.*)
Señor, lo primero
es que tus labios se muevan
para otorgarme la gracia
que ya te impuso mi pena.
¿Qué dices?

FIDIAS. ¡Señor!...

REY. (*A Gracia.*) Triunfaste,

pero á pedirme no vuelvas
imposibles.

GRACIA. ¡Oh, qué dicha!;
¡de amor el cielo y la tierra
se unen en inmenso abrazo!

FIDIAS. Gracias, Rey, por tu grandeza;
por tí recobra su brillo
mi honor.

SERVIDOR. (*Anunciando.*) Las Colonias griegas.

ESCENA VII

Dichos, y los Enviados de las Colonias con sus hijas. Visten los trajes del desfile (*Friso del Parthenón*). El rey ocupa el trono, teniendo á su izquierda á Gracia. Los Enviados y sus Hijas, hacen reverencias al pasar por delante del Rey.)

REY. Dan esplendor á mi trono
y agradezco la presencia
de tan nobles Enviados
y tan hermosas doncellas.
Tomad asiento Y ¿qué suerte
corre la espléndida Cresta,
la isla gentíl y famosa?

ENVIADO 1.º Señor, el cielo la premia
con la luz de una alegría
que la hace divina y bella.
Sobre la mar recostada,
mecida por la cadencia
y el ritmo azul de las olas,
parece una concha abierta.

REY. ¿Y Náxos? ¿tienen sus viñas
aun la misma fortaleza
de dar juventud al alma
y vigor á la materia?

ENVIADO 2.º Sabe el Rey, por que lo dicen
los versos de los poetas,
que sátiros y bacantes
prefieren para sus fiestas

ceñir su frente con pámpanas
de Naxos, verdes y espléndidas,
y un racimo de sus uvas
es un racimo de perlas.
Aceptad, Señor, la hídria
que os traigo, de vino llena.
Pasa la elegante vasija á manos del Rey, que la examina complacido.)

REY. Preciosa vasija; iguala
al vino que dentro lleva;
la ilustró un pincel insigne
de encantadoras escenas
de la Iliada, y la enriquecen
grandiosas luchas homéricas.
¿Y Milo? ¿la bella Milo?
¿aun como siempre amaestra
cinceles para la gloria
y el culto esplendor de Grecia?

ENVIADO 3.º Sabeis, Señor, que lo dice
esta estrofa de un poeta:
«Milo tiene los cinceles,
que dando el tiempo cien vueltas,
ha de modelar la diosa
más divina de la tierra:
será Venus Afrodita,
será la diosa perfecta,
é irá su marmol triunfante
llenando de luz las épocas.»

SERVIDOR. (*Anunciando.*)
Señor, unos bailarines
ante el Rey verse desean;
bailarán la danza pírrica.

REY. (*A los Enviados.*)
Bailarán, si no os molestan.

ENVIADO 1.º Gracias, Rey; es grande honor.

REY. Hoy es día de Minerva,
y debe haber alegría
por igual en toda Atenas.

ESCENA VIII

Dichos, y los bailarines.

(Entran los bailarines con sus armaduras de un metal deslumbrador. Traen los escudos sujetos á los brazos izquierdos y las lanzas en la derecha. Al són de una música elegantísima, bailan la danza pírrica, dándose á cada compas con las lanzas en los escudos, y produciendo sones extraños. El original aparato de la danza, ha de imprimir grandiosidad al cuadro. Una vez terminadas las evoluciones, vánse los bailarines, haciendo como al entrar, inclinaciones ante el Rey. Como esta no es una obra histórica, sino fantástica, cabe en esta escena mucha libertad, á fin de acumular todo el esplendor concebible.)

ENVIADO 2.º Señor, se acerca el instante
de tomar parte en la fiesta
del desfile, y á él podremos
incorporarnos.

REY. Bien, sea.
(*Los Enviados y las doncellas, hacen inclinaciones ante el Rey, y desaparecen. Váse también el Monarca.*)

ESCENA IX

Gracia y Fidias.

GRACIA. ¡Gloria á los dioses! ¡por fin
tu honor limpio reverbera!

FIDIAS. A los dioses y á tus labios
que aclamaron mi inocencia.
Todas mis grandes estatuas
las revestí de pureza,
soñando en tu amor sublime,
viendo tu figura excelsa
iluminarme el espíritu
como una lámpara eterna.

GRACIA. Yo también tu ser soñando,

apuré todas las penas,
y de repetir tu nombre
jamás se cansó mi lengua.

FIDIAS. Los cinceles con que hice
salir hadas, dioses, reinas,
rompo al hallarte, pues miro
no supe qué era belleza:
¡qué más belleza que tú,
maravilla de la tierra!

GRACIA. ¿No modelar con tus manos
otras estatuas maestras
para darles con la vida
luz, movimiento y esencia?
Si me adoras, ha de ser
con la llama que en tí llevas,
con tu espíritu, con todo
lo inmaterial, que te eleva
desde gusano hasta genio,
y desde larva hasta estrella.

FIDIAS. ¡Arriba, al cielo!

GRACIA. ¡Me enciendes
con tu arrebato!
De Grecia
has de ser mucho más digno,
sacando de sus canteras
un sueño que me has contado.

FIDIAS. (*Con arrebatada inspiración.*)
Un templo alzado á Minerva;
el Parthenón; y en su friso,
el desfile que se acerca.
(*Señalando al exterior del Palacio.*)
¡Oh, sí; es mi visión perenne,
mi gran sueño de belleza!

GRACIA. Pues realizarlo es el premio
para alcanzar lo que anhelas.

FIDIAS. Ser tu esposo.

GRACIA. Lo serás,
pero ese sueño cincela.

FIDIAS. Sí, siento aquí las figuras
(*Golpeándose la frente.*)

formando largas hileras,
corriendo en torno de un templo
tras columnas como cuerdas,
como cuerdas de una lira,
de la grande lira griega.
A veces, con los cinceles
me hendiría la cabeza,
diciendo á las mil figuras:
«¡brotad, brotad de la piedra!

GRACIA. Desposorio de dos almas
es el nuestro, mientras llevas
al friso el mundo de seres
de ese portento que sueñas.
(*Va, exaltada, al foro, y descorre el gran cortinón de púrpura, apareciendo una magnífica plaza de Atenas, por la que cruza el desfile de la procesión de las Panateneas.*)
¡Mira allí tu fantasía
hecha realidad soberbia!

FIDIAS. (*Yendo, fascinado, al mirador.*)
¡Como lo pinta mi sueño!
¡el desfile! ¡qué grandeza!
Mi esposa ideal, enciende
en mí tu lámpara excelsa,
para yo admirar las líneas
de ese río de belleza.

GRACIA. Es la luz, es la poesía,
es la juventud perpetua,
es la flor inmarchitable
del alma inmortal de Grecia.
(*Señalando al mirador donde están.*)
De ese mirador enorme
¿ves la forma?

FIDIAS. Cinco cuerdas.
(*Serán las cinco columnas; los lados del mirador son dorados como las columnas, y adoptan el contorno de una lira.*)

GRACIA. Las de la lira; y sus bordes,
también la lira semejan.
Pues como ves ese asombro

detrás de la lira griega,
¡al través de la Poesía
hay que ver la vida entera!

Suena una grandiosa marcha triunfal, mientras cruzan por el fondo deslumbrante de la plaza ateniense é iluminándose por vivísimas mutaciones de color, los primeros grupos del desfile en esta forma: Los *Arcontas*, las *Canéforas*, los *Citaristas* y los *Auletas*, las *Doncellas Eupátridas*, los *Escaféforos*, los *Espondóforos*, y, entre una inmensa aclamación del pueblo, una cuadriga de oro pintada de un modo deslumbrador, con los cuatro caballos lanzados al cielo y pataleantes de soberbia.

TELÓN RÁPIDO

Fin del Idilio.

(Es improvisación).

JUICIOS ACERCA DE "LA MUSA"

Idilio en tres actos, estrenado en el Teatro Odeon de Buenos Aires, la noche del 27 de Septiembre de 1901; y en el Teatro Español de Madrid, la noche del 6 de Diciembre de 1902.

El haber venido á ser asunto de palpitante actualidad la aspiración del público, de crear un *Teatro lírico*, ó de poetas, vuelve á convertir en tema del día, el primer paso dado por el autor de esta obra allá por el año 1900, para intentar dicho *Teatro lírico*, con su obra *La Musa*, que triunfó en los principales teatros de España y de América.

He aquí la historia de dicha obra, entresacada de algunos periódicos de aquel tiempo.

La Mañana. 19 Junio 1902. Coruña. (Primera población (de España) donde se representó *La Musa.*)

«*Idilio* ha titulado Rueda su obra, y en verdad que no ha podido darle un nombre más propio y adecuado. *La Musa* no es un drama, ni una comedia, ni un sainete; es lo que Salvador Rueda dice; un idilio, tierno, apasionado, hermoso; una página de literatura brillante, sentimental, dulcísima; *un poema de grandiosidades sencillas, ó de sencilleces grandiosas*, según quiera entenderse, que purifican el alma, y hacen sentir y amar, con la misma lánguida placidez que se siente y se ama al repasar las páginas del bellísimo poema helénico en que se expresan las ternuras del inocente Dafnis y la virginal pastora Cloe.

»*La Musa es un concierto de armonías habladas, de sentimentalismos gráficos: una oleada de vida: algo que, sin apartarse de las realidades del mundo, hace de éste un paraíso*, instruyendo al espíritu en la contemplación de las grandes bellezas de la Naturaleza Madre, donde reside el gran principio de las bondades supremas y la belleza indestructible.

El triunfo conseguido por Salvador Rueda, ha sido

colosal. En lucha horrible con el prejuicio, salió anoche de ella con las sienes ceñidas de laurel.

El público pronuncióse desde el primer momento á favor del poeta, y éste se vió obligado á salir varias veces al proscenio, á recibir el homenaje de admiración con que el concurso premiaba su labor original y delicada.

María Guerrero, inimitable, como siempre, puso anoche á contribución todo su ingenio, é hizo una figura ideal, encantadora, verdaderamente enamorada de sus propios idealismos, hábilmente expresados en el hermoso idilio de Rueda.

El autor de *La Musa*, ha hecho un estudio muy meditado de los efectos finales, y hay que reconocer que el ensayo le ha resultado obra maestra.

La Musa, es una página de literatura amenísima, que no rechazará ningún público, y no puede ni debe ser considerada como obra sujeta á las exigencias teatrales del patrón conocido, en que se moldean la comedia y el drama; *es algo nuevo, algo desconocido hasta ahora en el proscenio;* es un cántico hablado; una voluptuosidad de espíritu artista y soñador. Y para ver esa obra y para oirla, hay que ir al teatro con el ánimo confesado en las grandezas del arte, como cuando se acude á escuchar, en un concierto, las hermosas sonatas de Beethoven.

Adolfo Lahorra.

—

• De un largo telegrama de la Coruña al *Heraldo de Madrid*. 20 Junio 1902:

El ambiente de toda la obra es de una poesía infinita, que envuelve cada frase, cada detalle, cada personaje en un nimbo de plácida belleza. La comedia, por su fondo y por su forma, produce una sensación *extraña, nueva en el teatro moderno.* Interesa desde las primeras escenas. Sin existir asomo del enredo, conmueve hasta lo más hondo del espíritu sin ninguna sacudida violenta. Es verdaderamente el triunfo de la poesía. El primer acto fué escuchado por el público con religioso silencio, despertando desde las primeras escenas gran curiosidad.

Durante la representación del segundo acto, murmullos de aprobación manifestaron en diferentes oca-

siones, que el público saboreaba con placer las exquisiteces de la comedia. Al terminar este acto, una salva de aplausos determinó el éxito de la obra. Se levantó el telón entre bravos y aclamaciones, y Salvador Rueda tuvo que presentarse cinco veces en la escena, en unión de los artistas, á recibir la ovación unánime y estruendosa que el público le tributaba.

El acto tercero fué interrumpido por los aplausos; y al final se repitió la ovación á Salvador Rueda, á *La Musa* y á sus intérpretes, teniendo que levantarse el telón un sinnúmero de veces.

María Guerrero incomparable, un dechado de sensibilidad, de matices y de poesía, la verdadera *Musa.*

Lució tres trajes de un carácter prodigioso, sobre todo el del segundo acto, tan bien encontrado, que es imposible llegar más allá en lo ideal. El público le hizo una estrepitosa ovación. La *mise en scene* un encanto de luz y propiedad en los dos primeros actos y de un ambiente poético indecible en el tercero. El triunfo completo para todos. *El Corresponsal.*

De otro telegrama á *El Imparcial*, de Madrid. (Igual fecha).

La Musa es un paisaje con figuras, obra expontánea, sin artificio teatral, sin unidad de composición, caprichosa, reflejo de la sensibilidad extrema del poeta, que se manifiesta sin las trabas de la disciplina escénica.

Al adquirir plástico relieve en la representación, produce esta comedia sensación de placidez que va penetrando lentamente en el ánimo.

El acto primero, de preparación del ambiente, oyóse con atención.

El segundo fué muy aplaudido y el que más gustó, llamándose tres veces á escena al autor, que salió otras tres en el tercero.

La forma mereció generales alabanzas. El lenguaje es adecuado, literario sin afectación, sembrado el diálago, finalmente cómico á veces, de pensamientos delicados y frases felices.

Todo cuanto se diga de la alegancia, de la distinción, de la naturalidad, de la poesía y la ternura de Maria Guerrero, será insuficiente para dar una idea de la realidad.

José de Laserna.

Coruña, 19 (2 m.)

En este momento termina la representación de la comedia de Salvador Rueda, *La Musa.*

Ha obtenido un gran éxito.

Resulta una primorosa obra de color, que el público ha saboreado con encanto.

Seguramente gustará mucho en Madrid.

Suspende el ánimo con una impresión plácida.

Toda ella es sutíl, pavorosa.

Es imposible detallar las escenas que sobresalen en la comedia.

Todos los tipos y todas las escenas parecen arrancadas del natural, por su gran verdad.

Los finales de los actos segundo y tercero son encantadores.

Al terminar la representación, se han repetido las aclamaciones y las salidas á escena de Rueda.

La obra ha sido representada con gran verdad y con todo lujo de detalles.

La Guerrero ha estado colosal. Sintió el personaje de una manera prodigiosa, logrando arrebatar al público.

Panisse.

Teatro de Calderón. Valladolid.

No se puede juzgar *La Musa* como obra dramática, porque apenas lo es. Si se busca asunto, acción, caracteres, exposición, nudo, desenlace y demás elementos de las obras teatrales, claro es que los hay en el idilio del poeta andaluz, pero es necesario ir á buscarlos al segundo término, donde los puso el autor como cosa secundaria.

Para Rueda lo principal es el color, la forma, la armonía. Desde que se levanta hasta que cae el telón, parece que se oye la *lectura animada* de una poesía lírica, la acción dijérase que es una descripción de figuras: todo en la obra es subjetivo; es el poeta el que habla por boca de todos los personajes.

Colocado en este punto de vista, puede afirmarse que *La Musa* es una bellísima obra literaria.

El primer acto (*la primera parte*, estaría mejor) es un cuadro andaluz pintado de mano maestra, con detalles realistas de primer orden y rasgos originalísimos.

El segundo tiene primores de forma que encantan;

el idilio está en todo su apogeo, la vena poética inunda la escena, y las imágenes brillantes, los pensamientos felices, hasta las disquisiciones estéticas se suceden sin cesar. Las escenas de la mariposa y la cigarra son *madrigales* delicadísimos.

Al final el autor arroja la vestidura dramática en que ha envuelto su obra y se presenta como es él, como poeta lírico, y canta una *Oda al mar* por boca de la protagonista.

¡Y qué admirable estuvo María Guerrero! Arte, distinción, elegancia, naturalidad, todo concurre en ella para crear la figura de María, encantadora *Musa* de la naturaleza, capaz de arrastrar á la adoración panteista á media humanidad.

P. P. W.

—

Valladolid.

La Musa es lo que el autor dice: un idilio. Pero un idilio grande, hermoso, sentidísimo y exuberante de poesía, llevado á la escena con plausible habilidad y con noble valentía.

Rueda ha intentado con su primera obra teatral *un género nuevo*, y su mayor mérito (aparte las bellezas de forma) está en haber triunfado sin asunto, sin interés dramático y sin situaciones conmovedoras.

Si las *cosas nuevas* son siempre peligrosas en el teatro, se hacen peligrosísimas cuando, como en la obra estrenada anoche, *tienen por único apoyo la poesía limpia y pura.*

Hace falta sentir mucho para vencer sin más elementos, y el gran triunfo del autor de *La Musa* está en eso precisamente: en haber vencido sin otra arma que su alma de poeta, y en conseguir que el público oiga con deleite los tres actos, hechos con escenas sueltas y dedicadas exclusivamente á cantar á la Naturaleza

En la interpretación se distinguió notablemente la señora Guerrero que tuvo momentos de delicadísima inspiración y dijo muy bien la hermosa oda al mar con que termina el idilio.

J.

Murcia, Teatro de Romea.

La obra, como ya indica su autor, es un verdadero idilio, en el que, el eminente Rueda nos muestra su fantástico pensamiento al hablar del amor, las flores, la noche, los insectos y todas esas creaciones, que solo la mente de un poeta puede concebir.

A la terminación de todos los actos, nuestro ilustre amigo fué llamado repetidas veces al palco escénico, donde recibió el premio que se merecía su delicada labor. *J. C.*

—

Murcia.

La Sra. Guerrero y su consorte el Sr. Mendoza, inútil es decir que estuvieron inimitables.

El decorado de «La Musa», superiorísimo.

Nuestra enhorabuena á todos por el éxito alcanzado, especialmente al Sr. Rueda.

Blanco.

—

Murcia 4.

El estreno de *La Musa* en este teatro valió anoche un nuevo triunfo á su autor Salvador Rueda

La obra gustó mucho, apoderándose del público desde las primeras escenas.

Al finalizar el primer acto fué llamado el autor, que se presentó muchas veces en escena, lo mismo que al terminar la representación.

María Guerrero estuvo insuperable.

La obra se juzgaba como un bellísimo canto á la Naturaleza.

—

Murcia 4 (3-30 t)

Anoche se estrenó *La Musa*, de Salvador Rueda, con asistencia del autor.

La obra ha alcanzado un éxito, y para los intérpretes y para el autor hubo muchos aplausos.

Desde el primer acto Rueda fué llamado á escena, repitiéndose esta manifestación mayor número de veces y con más entusiasmo en los otros dos actos.

El Liberal de Murcia.

—

Sevilla. Teatro de San Fernando.

Salvador Rueda, el ilustre poeta de imaginación

espléndida y de temperamento meridional que se desborda en imágenes ricas y en expresiones brillantes, fué anoche aplaudido en Sevilla como autor dramático El público sevillano no ha hecho otra cosa que confirmar el favorable juicio que la obra había merecido ya á los madrileños.

La Musa es, ante todo y sobre todo, la obra de un poeta

Es un poema lleno de ternura; algo así como un aleteo de mariposas; un susurro del campo, que lleva al alma la sensación de una vida plácida y felíz Los nervios, agitados por la constante excitación de la ciudad, parece como si se tranquilizaran en presencia de aquellas escenas que van sucediéndose amorosamente en la campiña y junto al mar.

La Musa, es la mujer inspirada y alegre que convierte las almas frívolas á los amores más hermosos y fecundos de la vida: es altamente poética la idea.

El público distinguidísimo que había anoche en el teatro San Fernando, hizo justicia al poeta aplaudiendo su última obra. Después de los actos segundo y tercero, el telón se levantó varias veces.

María Guerrero dijo los versos al mar notablemente

Rueda, con su propia personalidad en el campo de la poesía española, ha confirmado en *La Musa* sus dotes egregias de artista.

Alfredo Murga.

—

De este ilustre crítico es también este telegrama.

*Sevilla 16 9-1-3*0.

Musa aplaudida, entusiasmo. Idilio digno poeta con V. Bravo.

Murga.

—

Otro telegrama del insigne actor Fernando Diaz de Mendoza

Sevilla 18-10-11-35.

Estrenóse *Musa*; gran éxito; muchos aplausos segundo y tercer actos. Enhorabuena, abrazos.

Fernando.

—

(En Bilbao obtuvo también *La Musa* un triunfo completo No se han podido obtener los periódicos, llenos de elogios extremados.)

Madrid. Teatro Español.

Gente Vieja, 10 Diciembre 1902.

La Musa, de Salvador Rueda es de una belleza literaria y está hecha con tal primor, que todo el que presuma de buen gusto, tiene la obligación de verla.

Es un capricho literario del que no puede ser autor más que un hombre de muchísimo talento, de gran cultura y de exquisito temperamento sentimental.

La ejecución ha sido admirable por parte de todos, y muy especialmente de María Guerrero, la Cancio y Fernando Mendoza.

Valero de Tornos.

—

Vida Nueva. 14 Diciembre 1902.

La Musa, como obra teatral, me parece admirable, y veo además en ella la *iniciadora de una tendencia.*

Bernardo G. de Candamo.

—

El Globo. 22 Enero 1903.

Se ha impreso el idilio en tres actos, original del insigne Salvador Rueda, titulado *La Musa.*

Sobre ser la obra *más culminante de cuantas van estrenadas en la tenporada actual*, ofrece el gran interés de ser la primera obra dramátida de su autor y la significación que tiene por ser la *inicial de una nueva tendencia en el teatro.*

Hemos gozado nuevamente leyéndola, sobre todo, con la hermosísima escena de la buenaventura, y con los versos soberanos que tan dignamente cierran la obra.

—

El Teatro. Enero 1903.

Salvador Rueda, cuya reputación como poeta lírico, no puede ser puesta en duda ni aun por sus más ardientes enemigos, ha querido probar fortuna en el teatro, y ha conseguido un gran triunfo con su idilio titulado *La Musa.*

La obra de Salvador Rueda fué estrenada en América por la misma Compañía, y en aquellas provincias logró tan excelente éxito como en Madrid ha logrado ahora.

No es de extrañar que así ocurriera, porque *La Musa* merece, por multitud de circunstancias, tan favo-

rable acogida; es, desde luego, la obra de un poeta lleno de delicadezas; y el público, que frecuentemente echa de menos en el teatro esas cualidades, las apreció mucho en la obra de Rueda.

El público que presenció el estreno de *La Musa* en Madrid, hizo á Salvador Rueda ovaciones tan justas como merecidas.

A resultado tan feliz, contribuyó mucho, además de lo dicho, la interpretación de la obra que fué excelente por parte de todos y, singularmente, por parte de la Guerrero y de Fernando Díaz de Mendoza.

La señora Guerrero encarnó el papel de protagonista y lo hizo con habilidad suma; para muchos *La Musa* es la mejor entre todas las admirables creaciones de María Guerrero.

El propósito del poeta es, desde luego, muy plausible; tiende á exaltar el amor á la Naturaleza, y para ello la canta de admirable modo en escenas perfectamente combinadas, y en las que no se ve la impericia del principiante, sino por el contrario, la destreza de mano de un verdadero maestro en lides escénicas.

Alejandro Miquis.
(El famoso crítico.)

En El Español, fué el estreno de la temporada; y à la mitad de la escena de la cigarra, el público rompió en una ovación pidiendo la presentación del autor, que se vió obligado á salir á escena.

Sería larguísimo enumerar los juicios que se hicieron de esta obra, de la cual no se conservan más que notas incompletas de periódicos, pero con lo reproducido basta y sobra para demostrar que aquel primer paso de *La Musa* para un nnevo *Teatro lírico*, lo sintió y entendió todo el público de España y de América.

El ilustre escritor argentino Manuel Ugarte, de paso por Madrid, asistió al estreno sin conocer á Rueda, é hizo un artículo memorable, que es una fotografía literaria de los pasillos del teatro y del *Saloncillo*, llenos de gente de letras poseída de un entusiasmo indescriptible.

Para terminar, véase un juicio extranjero de *La Revue d'árte dramatique;* 15 Junio 1903.

La Musa, idilio de Salvador Rueda, nos lleva á regiones muy diferentes (se hablaba de *Malas Herencias*, de Echegaray.)

Puede decirse, que Rueda, el poeta del color y del ingenio meridional vivo y ameno según nos lo describen los imaginativos y á veces según es la realidad, acaba de dar vida á *un nuevo género teatral:* este es, sobre todo el mérito que yo le encuentro á *La Musa:* una tendencia en la cual la sencillez del asunto se asocia á una delicadeza extrema, que no excluye el relieve de algunos tipos, encarnación de un realismo exacto; unido á esto, un lenguaje fascinante; á veces versos sonoros que llamean, imágenes sucesivas cuyo efecto es el de una melodía indefinida inspirada por reflejos del ideal clásico, radiante en la obra de Rueda, y tendréis la tendencia desarrollada en *La Musa* para presentar el *encantamiento definitivo y sabio que una mujer muy artista y cultivada ejerce* sobre dos *cosmopolytanmen*, prematuramente hastiados del amor, de las mujeres y de la vida agotadora de los grandes centros. *La Musa* mereció un éxito grande.

Por la recopilación,

(El Editor.)

Juicios sobre *La Guitarra*.

(Esta obra es humana, real; y no exclusivamente lírica.)

España Nueva, 2 Febrero 1907.

El Cuento Semanal. Esta simpática revista, que tan laudable cruzada por el arte viene realizando, publica íntegro, en su último número, *La guitarra*, hermoso drama inédito en tres actos y en prosa, original de Salvador Rueda.

El Liberal, 1.º Febrero 1907:

El Cuento Semanal. En el número de esta revista, que hoy sale á la venta, se publica un drama de Salvador Rueda, titulado *La guitarra*.

Celebrada como se merece es la personalidad literaria del poeta, que en esta nueva producción escénica condensa el castizo y luminoso vigor de las visiones de su cielo y de su tierra.

Gran lástima es que estas producciones de Rueda tengan que servírnoslas en molde extraño al teatro, para el que fueron concebidas y creadas.

De todos modos, este drama *La guitarra* será largamente saboreado por sus numerosos admiradores y no se perderán sus bellezas en el destierro de los bastidores.

El País, 1.º Febrero 1907.

El Cuento Semanal.—Salvador Rueda, el más intensamente español de nuestros poetas, es el autor del drama en tres actos y en prosa *La Guitarra*, que inserta en su último número la ya popular revista.

El drama es interesantísimo; en él canta Salvador Rueda las pasiones bravías y el vivir gitano de ese mundo pintoresco, que llevando la guitarra por enseña, ambula por los cafés cantantes, paseando los atavismos de su alma salvaje y romántica.

Diario Universal, 1.º Febrero 1907

Un drama de Rueda.

El Cuento Semanal publica en su número correspondiente al día de hoy, un hermoso drama de Salvador Rueda, *La Guitarra*

Esta obra del gran poeta constituirá para él un nuevo triunfo literario, y creemos nosotros que, al estrenarse, un gran éxito teatral. Es un drama hecho de vida, de amor y de dolor; un hermoso drama, en donde sin sacrificar la verdad ni la literatura, los resortes teatrales están jugados de una manera admirable.

Enviamos un sincero aplauso al insigne poeta.

Heraldo de Madrid, 1.º Febrero 1907.

Drama de Salvador Rueda.

El Cuento Semanal publica hoy, íntegro y admirablemente impreso é ilustrado, el célebre drama de Salvador Rueda *La Guitarra*, drama célebre sin haberse estrenado.

Tiene tanto relieve, tanto colorido, tanto sol esta obra del maestro de la poesía moderna española, que está pidiendo á gritos ser llevada al teatro: Obra, ante todo, teatral, no parece escrita por un poeta lírico, sine por un autor consumado.

Sin que pretendamos echarla de profetas, creemos que *La guitarra* es obra de mucho dinero.

"LA MUSA,,

Magnánima de luz, rica de amores,
sibila de la gran Naturaleza,
adornan griegamente su cabeza
las reinas de Semíramis, las flores.
Sagradamente bella, sus candores
tienen la idealidad de la pureza,
y en la gran religión de la belleza
su alma parece un mundo de colores.
Musa ideal, augusta enamorada
del campo alegre y de la mar sagrada:
notas del iris son tus pensamientos;
ritmo, tu amor; estrofa, tu alegría;
tus músicas palabras, sentimientos;
y luz, tu corazón... ¡Salve, *María*!

José Mart.nez Albacete.



Obras de Salvador Rueda.

TEATRO

La Musa. Idilio en tres actos.
La Guitarra. Drama en tres actos.
Los Ojos. Drama en dos actos.
La Cigarrera. Entremés.
La Buenaventura. Entremés.

NOVELA

La Reja. El Gusano de Luz. La Cópula.

CRITICA

El Ritmo.

POESIA

Piedras preciosas.
Fuente de salud.
Trompetas de órgano.
Lenguas de fuego.

EN PREPARACION

La corrida de toros. Novela.